muerte, que dió à ſu proximo, porque no deſcubrieſſe ſu maldad, ella ha de quedar ocultada: ni ſe atreva à pecar nadie por falta de teſtigos; pues ha de ſaber todo el mundo aquello, que ſi ſupiera otro hombre, ſe muriera él de pena.

CAPITULO VII.

Como ſe han de alterar los Elementos, y Cielos, al acabarſe el tiempo.

§. I.

VEamos, pues, el modo tan eſtraño de el fin de el univerſo, que por ſer tan terrible, ſe podrá echar de ver el abuſo, que tienen de ſus coſas los hombres, y la vanidad, y engaño de ellas; porque ſin duda no tuviera fin tan deſaſtrado el mundo, ſino fuera por la mucha malicia, que en él hay. Eſcrivió San Clemente Romano, que aprendió de San Pedro Apoſtol, como tiene Dios determinado un dia deſde ſu eternidad, en el qual combaten con todas ſus fuerzas, y para decirlo aſſi, de poder à poder, el exercito de todas las penas, con el exercito de todas las culpas. Eſte dia ſe ſuele llamar en la Eſcritura dia de el Señor, en que el exercito de las penas ha de dar batalla campal à las culpas, y acabar de una vez con ellas, y con el mundo, donde han reynado. Y ſi la terribilidad de eſte dia ha de ſer al paſſo de la multitud, y gravedad de los pecados; no me eſpanto, de quanta terribilidad dicen de él las Sagradas Letras, y los Santos Padres. Pero como en las guerras ſuele acontecer, que antes de darſe la ultima batalla, ſe hacen primero varias correrias, y eſcaramuzas; aſſi tambien, antes de aquel formidable dia, en que ſe encuentran todas las penas con todas las culpas, embiará Dios por partes varias calamidades, que como cavallos ligeros corran primero el campo, como ſe ſignificó à S. Juan en el Apocalypſi en aquellos Soldados, que vió ſalir en varios cavallos, uno roxo, otro negro, y otro pálido. Ya embiará hambre, ya peſte, ya guerra, ya terremotos, ya inundaciones, y diluvios, y ya ſequedades de tierra. Si eſtas coſas afligen ahora tanto; qué ſerá, quando haga la Juſticia divina el ultimo esfuerzo, y toda criatura ſe arme contra los pecadores, ſiendo Capitán General el zelo de la Juſticia divina, como lo declara el Sabio por eſtas palabras: *Tomará armas ſu zelo, y armará à las criaturas para vengarſe de ſus enemigos, veſtirá por cota à la juſticia, y por morrion el juicio verdadero. Tomará por eſcudo la equidad, aguzará una ira cruel por lanza, y pelearà por él la redondéz de la tierra contra los inſenſatos. Irán derechos los tiros de los rayos, que ſe arrojarán de las nubes, como de arco bien flechado, y tirante, y ſaltarán à lugar cierto. Embiaránſe granizos llenos de ira pedregoſa*; (eſto es, que ſervirá ſu ira como de maquina, y catapulta, para arrojar piedras) *embraveceráſe contra ellos el agua de el mar, y los rios combatirán duramente. Contra ellos eſtará un viento fortiſſimo, y como un torbellino los dividirá.* Bien temeroſas ſon eſtas palabras, aunque no contienen mas, que la guerra, que han de hacer tres Elementos contra los malos. Pero no ſolamente el fuego, el ayre, y el agua, los han de aterrar, ſino tambien la tierra, y el Cielo; (como dicen otros lugares de la Eſcritura) porque todas las criaturas moſtrarán el furor de aquel dia, enfureciendoſe contra los hombres. Y ſi las nubes tirarán rayos, y piedras à los pecadores; el Cielo les tirará no menores balas, que ſus Eſtrellas (que como dixo Chriſto) caerán de allá. Si el granizo tan pequeño como una china, por caer de las nubes, ſuele deſtruir los campos, y matar los animales; quando caigan à pedazos las Eſtrellas deſde el Firmamento, ù otra region ſublime, qué eſtrago harán, y qué paſmo cauſarán en las gentes?

Lib. Recognit.

Sap. 5.

Luc. 21. No es encarecimiento, lo que dice el Evangelio, que ſe ſecarán los hombres de temor, de lo que ſobrevendrá ſobre el univerſo: porque aſſi como en un hombre particular, que ſe dice mundo pequeño, quando ſe ha de morir, ſe turban dentro de el los humores, que ſon ſus elementos, los ojos, que ſon como el Sol, y la Luna, ſe obſcurecen, los demás ſentidos, como aſtros menores, ſe deſcaecen, y la razon, que es como una virtud de el Cielo, ſe deſquicia de ſu lugar; de la miſma manera en la muerte de el mundo mayor, que es eſte univerſo, el Sol ſe convertirá en tinieblas, y la Luna en ſangre, las Eſtrellas ſe caerán, y ſintiendo todo el mundo ſu muerte cercana, ſe eſtremecerá con horrendo ſonído, y eſtruendo, antes que ſe diſuelva, y eſpire. Si el Sol, y la Luna, y otros cuerpos celeſtes, que ſe tienen por incorruptibles, ſe han de alterar, y obſcurecer tanto; qué ſe hará en los Elementos deleznables, y tan corruptibles, como el ayre, agua, y tierra? Si eſte mundo inferior depende de los Cielos, como dixeron los Filoſofos; alterados, y deſpedazados los cuerpos celeſtes, en qué eſtado pueden quedar los Elementos, quando las virtudes de los Cielos titubearán, y deſcaminadas las Eſtrellas no acertarán à ponerſe en ſu orden? Cómo eſtará entonces el ayre, ſino turbado con arrebatados remolinos, lobregas tempeſtades, horrendos truenos, y furioſos rayos? Cómo eſtará la tierra, ſino eſtremeciendoſe con eſpantoſos terremotos, abriendoſe en mil bocas, y eſcupiendo volcanes de fuego? Serán tan eſpanto-

tosos los temblores de la tierra, que no solo arrojará en el suelo las mas altas torres, sino que sepultará en sus entrañas las Ciudades enteras, y se sorberá montes muy altos. Pues el mar cómo se enfurecerá? Pondránse sus olas tan hinchadas, y sublimes, que parecerá han de anegar la tierra, y partes de ella inundarán. Dará tales bramidos el Occeano, que aterrará, à los que están muy apartados, y metidos en el corazon de la tierra firme: por lo qual dixo Christo: *Que habrá en las tierras aflicciones de las gentes, por la confusion de el sonido de el mar.*

Qué harán en esta turbacion los hombres? Quedarán todos atonitos, y pálidos, como la muerte. Qué consuelo tendrán? Estaránse mirando unos à otros, y cada uno en su vecino se espantará de nuevo, viendo en él una imagen de la muerte. Qué pavor, y miedo concebirán con esto, temiendo el espantoso fin, y successo, que tan horrendos prodigios, y monstruosidades naturales significan? Cessarán entonces los comercios, estarán las plazas despobladas, los Tribunales solos, ninguno habrá entonces ambicioso, no buscará nadie passatiempo, ningun codicioso cuidará de sus thesoros, no habrá quien pare en los Palacios de los Reyes; aun de comer, y beber no se acordarán, sino cada uno procurará escaparse de los diluvios, terremotos, y rayos, buscando lugar seguro, aunque no lo hallará. Quien hará caso alli de su linage? Quien de la nobleza de sus armas, y de su sabiduria, y talento? Quien se acordará alli de la hermosura que vió, de el edificio que admiró, de lo agudo que leyó, de lo discreto que habló? Y si de sus cosas no hará memoria; quien se acordará de las agenas? Qué memoria habrá alli de las hazañas de Alexandro Magno, de la sabiduria de Aristoteles, y de todos los mas afanados de el mundo, cuya fama quedará desde entonces sepultada para siempre, y morirá con el mundo por toda una eternidad? Los navegantes, quando en una brava tempestad están à pique de hundirse; cómo están assustados por ver alterado el Elemento de el agua? Qué afliccion tienen? Quantas plegarias hacen? Quan desinteressados están de las cosas de la tierra; pues echan sus mismas haciendas en el mar? Pues cómo estarán los hombres, quando no solo les espantará el mar con sus bramidos, sino el Cielo, y tierra con mil prodigios? Quando el Sol se les ponga de luto, y cause horror con sus tinieblas, y la Luna toda se ensangriente, y las Estrellas se desgajen, y la tierra les sacuda de sí con la inquietud de sus estremecimientos, y los torbellinos furiosos les derriben de su estado, y los rayos espesos les assombren; qué harán entonces los pecadores, por cuya causa se obrarán cosas tan espantosas?

§. II.

EL pavor, y assombro, que ha de haver en el concurso de toda la naturaleza armada contra los pecadores, se podrá echar de ver por el espanto, que han causado algunas mudanzas suyas en estas mismas cosas, que tenemos profetizadas, han de suceder en el acabamiento de el mundo, quando han de venir de por junto, y cada una con excesso muy grande; paraque cotejemos, quan espantosa será la junta de tantas calamidades, si la parte de algunas lo es tanto. Y empezando por la tierra, que parece el mas lerdo de los elementos, escrive el Cardenal Jacobo de Pavia, lo que passó en su tiempo el año de 1456. à cinco de Deciembre, que todo el Reyno de Napoles se estremeció tres horas antes de amanecer, hundiendose Lugares enteros, y mucha parte de otros, con tanta gente que murió, que fueron sesenta mil hombres, los que perecieron, parte hundidos, y tragados de la tierra, parte oprimidos de las ruinas de los edificios. Qué seguridad pueden tener los hombres en esta vida; pues aun no lo están de la tierra, que pisan? Qué firmeza puede haver en el mundo; pues una sola cosa, que hay en el firme, es tan instable? De donde no nos podrá venir la muerte; pues nos nace de entre los pies? Pues no es mucho, que con el terremoto de un Reyno se hiciesse tanto estrago; pues el de una Ciudad lo causó. Escrive Evagrio, que la noche, que se casó el Emperador Mauricio, tres horas despues de haver anochecido, se estremeció con tan gran violencia la Ciudad de Antioquia, que se cayeron casi todos sus edificios, quedando sepultadas en ellos sesenta mil personas. Si en estos particulares terremotos estuvo la tierra tan cruel; qué haria en el que sucedió en tiempo de Tiberio, de el qual escrive Plinio, que trastornó doce Ciudades principalissimas de Assia, y las hundió? Aun mas temor pone, lo que refiere Niceforo, que sucedió en tiempo de el Emperador Teodosio, que duró por espacio de seis meses un terremoto continuo, y horrendo, y tan dilatado, que se estremeció con el casi toda la redondéz de la tierra; porque llegó al Chersoneso, Alexandria, Bitynia, Antioquia, Helesponto, las dos Frigias, grandissima parte del Oriente, y muchas Regiones del Occidente.

Jacob. Papiës. in epis.

Evagr. l. 6. c. 8. Vid. Niceph. li. 18. cap. 13.

Plin. li. 2. c. 48. & Phl. lib. 14. Seneca natural. q. lib. 6. Niceph. lib. 4. c. 46.

Y paraque digamos tambien de la violencia de el mar, aun contra los que están apartados de sus olas, y seguros en sus casas, fue horrible el terremoto, que cuenta San Geronymo, y Amia-

S. Hier. in vit. S. Hilar.

Amiano Marcelino, que fue testigo de vista, y sucedió despues de la muerte de el Emperador Juliano; porque en él se estremeció toda la tierra, y los mares traspassaron sus terminos, y como si bolviera otra vez el diluvio, ò se tornára à embolver el mundo, y resolver en el caos que tuvo primero, se subieron las naves sobre los altos montes, y en Alexandría sobrepujaron sus mas altos edificios; y despues de sossegado el pielago, quedaron los navios sobre los texados de aquella Ciudad, como escrive Niceforo, y en otras partes, sobre altos riscos, como testifica San Geronymo. Pero oigamos, como lo cuenta Amiano Marcelino, cuyas son las palabras siguientes: *Estando aun vivo Procopio Tyrano, à los veinte y uno de Julio de el año, en que fue Consul la primera vez Valentiniano con su hermano, se embravecieron de repente por toda la redondéz de la tierra horrendos levantamientos de los Elementos, quales, ni las fabulas fingieron, ni las historias verdaderas refieren. Poco antes de amanecer, estando el Cielo cerrado con una tempestad de rayos, estremeciendose toda la estabilidad de el peso de la tierra, se commovió, y arrojado el mar atrás, se retiró con sus olas alborotadas, de tal manera, que descubriendo la profundidad de su suelo, se vieron mucha variedad de pescados, tendidos en el lodo, viendo los rayos de el Sol aquellas profundidades, que la naturaleza desde el principio de el mundo hundió debaxo de aguas inmensas, quedandose muchas naves en el suelo atascadas, y otras banboleando en algunos arroyuelos de agua, que en algunas partes se hicieron; de manera, que pudieron coger con las manos à los peces. Las olas de el mar, por el contrario, como enojadas de verse desterrar de su assiento natural, se embravecieron, y levantaron con furiosas avenidas contra las Islas, y otros largos trechos de la tierra continente, y estrellandose con gran violencia en los edificios de las Ciudades, donde quiera que los encontraban, los arrasaban por el suelo, de tal modo, que trocada la cara de el mundo con la furiosa discordia de los Elementos, mostraba varias suertes de prodigios; porque rebelandose sobre la tierra de repente la inmensidad de el pielago, murieron muchos millares de hombres ahogados, y quando se retiraron las olas à sus assientos, y se sossegó el mar hinchado, se vieron los navios destrozados, y los cuerpos muertos en aquel naufragio, unos boca abaxo, otros, mirando al Cielo. A otros navios muy poderosos dexaron las aguas sobre los techos de las casas, como aconteció en Alexandria; otros lexos de la orilla, como nosotros somos testigos de vista, porque passando por Methion, vimos alli una nave ya carcomida toda.* Toda esta lastimosa Historia es de Amiano Marcelino.

Nicef. lib. 10. cap. 35.

Amian. Marcel. lib. 20.

No es menos temerosa, la que refiere Nauclero, y Tritemio, que por el año de 1218. se entró el mar alborotado por Frisia; y murieron en medio de las olas, y de sus casas, mas de cien mil personas. Añade Lango, que otra vez el año de 1287. tornó à entrar el Occeano furioso por aquella Provincia, y no se retiró sin haver dexado ahogados ochenta mil hombres. No es mucha toda esta mortaldad en una Provincia, respecto de la que ha hecho el mar en una sola Ciudad. Escrive Surio en su Comentario de el año de 1509. que el dia de la Exaltacion de la Cruz de Setiembre se embraveció tanto el mar, que está entre Constantinopla, y Pera, que se levantó sobre los muros de una, y otra Ciudad, con tan gran estrago, que solo los Turcos, que murieron en Constantinopla, llegaron à trece mil. Con estos exemplos tan ciertos, no era menester lo que escrive Platon, y aprueba Tertuliano, y muchos Authores de estos tiempos: que la Isla Atlantica, que estaba en esse extendido espacio de el Occeano, que cae entre España, y las Indias Occidentales, y dicen, era mayor parte de el Mundo, que Africa, y Assia, y estaba llena de gentes innumerables; con un horrendo terremoto, y con un diluvio de un dia, y una noche, en que el Cielo se deshizo en lluvias, y la mar traspassó sus lindes, quedó sepultada en el Occeano con todos sus habitadores. No quiero aprovecharme de esta historia, para dar à entender la fuerza de los Elementos ayrados contra el hombre; porque bastan las mas modernas, que hemos referido con mayor fé, y certidumbre, y son de bastante assombro, las que en Frisia sucedieron, en las que se ve la furia, con que el mar encarcelado en sus terminos sale, quando Dios le da alguna licencia para combatir los pecadores. Qué será, quando mande el Señor de todo armar todos los Elementos contra ellos, y toque al arma à toda criatura, paraque vengue sus injurias en los hombres desagradecidos à sus beneficios infinitos?

Naucl. gen. 41. sub. finē. Tritem. Chron. Hirsau.

Tertul. Apolog. cap. 39.

Aun en el ayre, que es Elemento tan blando, y suave, en el qual vivimos, y con el qual respiramos; quando le suelta Dios la rienda, saca fuerzas de flaqueza, y son tan grandes, que arruína lo que topa. Hase visto arrancar bosques muy poblados, traspassando los arboles à partes bien distantes. Surio escrive, que à veinte y ocho de Junio de el año de 1507. à la media noche se levantó en Alemania tal viento, que hizo estremecer los edificios, y arrancó los techos de las casas, y los arboles desencaxó, y arrojó muy lexos. Conrado Ar-

Ovid. in hist. in d. lib. 6. cap. 3.

Surio Cōmen.

Conrad. Argent. in Chro. Argentino eſcrive, que ſiendo Emperador Enrico VII. vió el volar por el ayre, eſpacio de una milla, bigas muy grandes, que llevó el viento de el chapitel de la Igleſia de Maguncia, las quales eran como bigas de lagar, y eran de madera peſada, como la encina. Sobre todo, à quien no eſpanta, lo que dice Joſefo en ſus antiguedades, y Euſebio Ceſarienſe en la Preparacion Evangelica, y es: Que la Torre de Babylonia, que fue el edificio mas fuerte, y prodigioſo de el mundo, con viento le derribaſſe Dios? Qué diré, de quan eſpantoſas, y peſadas tempeſtades han llevado de una parte à otra los ayres, para caſtigar los pecadores con rayos, y piedras, las quales mataron en Egypto à todos los ganados; y en Paleſtina mató innumerable multitud de Amorréos un granizo de eſtraña grandeza: y deſpues acá ſe ha viſto tan grande, que eſcrive Clavitelo, que el año de 1524. cayó en Cremóna tal granizo, que era como un huevo de gallina; y en el campo de Bolonia, el año de 1537. cayeron tan grandes piedras, que peſaron veinte y ocho libras. Olalo Magno afirma, que en el Septentrion ha caído granizo de el tamaño de una cabeza de hombre: y la Hiſtoria Tripartita, que el año de 369. vino ſobre Conſtantinopla tal tempeſtad, que el granizo era como peñaſcos. Por cierto, que no es mucho, que diga el Profeta Ezequiel, que caerán en el fin de el mundo piedras inmenſas; y San Juan eſcrive, que ſerán de el peſo de un talento, que contenia algunas arrobas. Tempeſtad, que tal piedra arroja, con quan horrendos truenos reſonará? En las tempeſtades de Scithia ha ſucedido haver tan eſpantoſos truenos, que han quedado muertas muchas perſonas de eſpanto. Qué eſtruendo traerán aquellas ultimas tempeſtades, quando quiera Dios acabar el mundo?

Exod 9. Joſu. 10. Eccl. 46 Ludovi. Clavi-- tellus f. 260. & Cornel. à Lapide. tr. c. 9. Exod. Olal. Mag. li. 1. c. 12. Conim. in Meteo. cap. de grandine. Hiſtor. Tripar. lib. 7. cap. 22.

Ezech. 38. Apoc. 16.

Todas las alteraciones paſſadas de los Elementos no ſon mas, que eſcaramuzas; qual ſerá la batalla campal, que han de dar à los pecadores, quando aun el Cielo les tirará ſaetas, y tocará al arma con prodigioſos truenos, y ſe moſtrará ayrado con horrendas apariencias? San Gregorio Magno eſcrive como teſtigo de viſta, que vió en una peſtilencia de Roma, que viſiblemente caían de el Cielo ſaetas, y herian à los hombres. Juan Diacono declara, que era lluvia de ſaetas. Qué ſerá, quando el ayre, y el Cielo, llueva pedazos de Eſtrellas? Aſſombróſe el mundo, quando en tiempo de Iréne, y Conſtantino, ſe obſcureció el Sol por diez y ſiete dias, y en tiempo de Veſpaſiano, por doce deſaparecieron el Sol, y la Luna; qué ſerá en los ultimos dias, quando el Sol cubra de luto triſtiſsimo ſus rayos, y la

Gregor. Magno. lib. 4. Dialog. cap. 36. Joann. Diacon. in vita S Greg. lib. 1. c. 37. Zonoras in Irene. Plin. l. 1. c. 13.

la Luna ſe viſta de ſangre, en ſignificacion de la guerra, que han de hacer las criaturas à fuego, y ſangre, contra los que menoſpreciaron à ſu Criador? Quando por una parte ſe levante la tierra contra ellos, y como no pudiendolos ſufrir, los ſacuda de sí: por otra les embiſta el mar, y buſque dentro de ſus caſas; y el ayre no les dexe eſtar ſeguros en los campos? Por cierto no ſerá maravilla, que pidan entonces à los montes, que les cubran; y à los altos collados, que les eſcondan en ſus cavernas. Eſto es mas para penſar, que para poder explicar; y el ſolo penſarlo atemoriza. Gimen ahora las criaturas de verſe uſar mal de el hombre en deſprecio de ſu Criador; pero en aquel tiempo ſacudirán el yugo, y ſe vengarán aſsi de los agravios, que las hacemos, y vengarán las injurias, que hemos hecho al Criador de todo. Las violencias de los Elementos, y turbaciones de la Naturaleza, que ſuceden antes de el fin, no tienen que ver, reſpecto de las que ſucederán en los ultimos dias de el mundo, las quales (dice San Auguſtin) han de ſer mas horribles, y tremendas, que las paſſadas. Pues ſi las paſſadas ſon tales, como hemos viſto, qué ſerá entonces; y mas, viniendo de por junto de todas partes, quando eſté rebelado todo el mundo contra los hombres, quando todo ha de ſer confuſion, y el Invierno ſe trocará en Verano, y el Verano en Invierno, y ninguna criatura guarde ley fixa, para los que no guardaron la Ley de Dios, para vengar à Dios, y vengarſe à sí miſmas?

§. III.

PEro paraque ſe vea mas la eſpantoſa alteracion, que ha de haver de las criaturas, eſpecificarémos algunas, que pone San Juan en ſu Apocalypſi. Bien tremenda es, la que dice en el capitulo octavo, de un granizo, y fuego, con una lluvia de ſangre, tan general, y copioſa, que ha de abraſar la tercera parte de la tierra, y de los arboles, y toda yerva verde. Conſidere uno, qué eſtrago ſerá eſte; pues tan horrenda tempeſtad de piedra, fuego, y ſangre, ha de conſumir, no ſolo una Vega, no ſolo una Provincia, ò Reyno, ſino tantos como pueden caber en la tercera parte de eſte mundo? Qué paſmo cauſará en los hombres, aſſi el modo de aquella tempeſtad ſangrienta, como un eſtrago tan general de el Orbe? Pero no ha de parar en eſto ſolo; porque luego ſe ha de ver en eſtos ayres un grandiſſimo monte de fuego, todo ardiendo en vivas llamas, el qual caerá de golpe en el mar, cuya tercera parte convertirá